

GOYA
MADRID

JANVIER 1964

FEBVIER 1964

DE PARÍS

Por JULIÁN GÁLLEGO

IS

Se inicia la temporada artística con una nueva Bienal de París en el Museo Municipal de Arte Moderno. Lleva el nombre de «Troisième Biennale», ya que sus organizadores siguen sin recordar la Bienal celebrada en 1957, tiempos de la IV República, por el Museo de Artes Decorativas. Quien se interese por épocas tan remotas hallará la referencia a esta prebinal en el número 19 de GOYA; quien comience la historia más atrás podrá leer los comentarios sobre las dos bienales de 1959 y 1961 en los números 33 y 47. Ello me exime de insistir sobre los detalles de organización de esta muestra internacional, reservada a artistas entre veinte y treinta y cinco años, criterio de selección digno de una granja modelo. Apuntaré solamente que en la llamada «Première Biennale» (es decir, la de 1959) se exponían obras de pintores, escultores, grabadores y dibujantes de cuarenta y un países; que a la «Deuxième» (1961) acudieron artistas de cincuenta naciones, agregándose a las apuntadas secciones (agrupadas con el título de «Artes plásticas») las de ilustración de libros, decorados teatrales y composición musical. Figuran en la actual cincuenta y cinco países (entre ellos, por vez primera, la U. R. S. S.), y las secciones se han aumentado con los trabajos de equipo y las películas sobre arte, desapareciendo, en cambio, las ilustraciones y con ellas una sala de lectura donde el fatigado visitante podía recobrar su aliento, hojeando una revista.

Bien es verdad que la «Troisième Biennale» resulta menos abrumadora que las precedentes, acaso porque el visitante, que ya sabe a qué atenerse, no la toma como un raro objeto de meditación sobre la juventud, sino como un salón más, de los muchos que en París se celebran al cabo del año. Prescinde, asimismo, de buscar color local a las distintas aportaciones nacionales, ya que sabe que, por más que los poetas se empeñen, no hay en nuestros días un «estilo holandés», una «escuela australiana», una «pintura checoslovaca», como no hay en el vestir una moda alemana, argentina o española. Los únicos países que siguen «imprimiendo carácter» a sus artistas son la China de Formosa, el Japón y Rusia. La primera con pintores calígrafos, como **Fong Chung Ray** o **Che Chuang**, que siguen el

estilo de sus antepasados con gran elegancia. Japón, aunque muy «à la page» en todo (con artistas tan diferentes como **Miyakawi** y **Uemura**, abstractos decorativos; **Watanabe**, expresionista abstracto de lienzos llagados; o el «enfant terrible» **Tetsumi Kudo**, que expone objetos «ready made» en explosivas y agrias yuxtaposiciones), muestra un común denominador de refinamiento, aunque sea «de vuelta», y de estetismo. En fin, del nutrido grupo de los rusos, ni uno se permite el menor devaneo abstraccionista, el coqueteo más excusable con el arte occidental. Como en el catálogo figuran sus fechas de nacimiento, los

PETER BLAKE: Auto-retrato (óleo, 1961). Troisième Biennale de Paris.



sabemos jóvenes; si no, pudieran parecerlos centenarios. Uno de los mejores, el escultor **Plenkine**, nació en Leningrado en 1930; sus obras parecen contemporáneas de las de Constantin Meunier, nacido en Bruselas en 1831. El estilo académico de la sección rusa es el que comprenden quienes confiesan no entender nada de arte, o quienes creen entender algo, pero confunden a Picasso o Matisse con niños mal educados; y hasta algunos que se declaran «modernos», pero en el sagrado de sus hogares acarician con los ojos los cromos y figurillas más convencionales. No lancemos la piedra contra esta sección, empedrada de buenas intenciones, mientras en nuestras plazas se sigan erigiendo tan consternantes monumentos, y en nuestros círculos y casinos exponiendo y aun vendiendo cuadros peores que éstos. En lugar de reír pongámonos serios al plantearnos una de las mayores cuestiones de la cultura de nuestro tiempo: ¿Por qué lo más alto queda fuera del alcance de la masa? No se me conteste que siempre fue igual, porque las anécdotas de Velázquez o Ribera prueban que la gente veía, colgando en las ventanas, el arte más moderno; y las iglesias, cuyo lujo ofusca hoy a tantos, ponían al alcance de todos lo más experimental y arrojado de la es-